

Los sermones del padre Preciado

(5 de agosto de 1956)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2592

DOMINGO 17 DE MAYO DE 2020

*Londres bebe té (2020),
ilustración de Pierpaolo Rovero.*



ESCRIBEN: Luis Larios, Salvador Velazco, Gerardo Cham, Madga Escareño, Julio Zamora,
Ramón Moreno, Carlos Hernández, Lía Llamas, Brenda Fonseca, Roy Pinto, Thom Alva y Carlos Caco Ceballos.

Imagine all the people

Julio César Zamora

Imaginar es la actividad mental más maravillosa en el ser humano. Es el punto de partida de los creadores, el desenvolvimiento intelectual de los artistas e inventores. La imaginación es el vértice. La línea. La obra. Es el momento luminoso que conduce al hallazgo, a la representación sensorial de un anhelo.

Imagine, la memorable canción de John Lennon, sigue inspirando al mundo, a pesar de que en mayo del próximo año cumplirá medio siglo de haber sido escrita y grabada, la composición es escuchada una y otra vez en diferentes rincones, ciudades y países de este planeta, como en Italia, donde reside Pierpaolo Rovero, quien no sólo ha captado íntegramente el mensaje, se ha unido a él, como la petición que hiciera el ex beatle en la tercera estrofa de la melodía (*I hope some day you'll join us*).

Desde el confinamiento, en su casa de Turín, Rovero jugaba con sus dos hijos de 3 y 5 años, escuchando *Imagine*, repitiéndola varias veces a súplica de los pequeños. Al final les propuso hacer algo diferente, buscar el video en Youtube para ponerle una imagen a la canción. Al ver a Lennon y Yoko Ono en una enorme habitación, él tocando el piano y ella abriendo las ventanas, surgió el momento luminoso para el ilustrador y caricaturista italiano, diciendo a sus niños: “¿Por qué no inventamos qué está ocurriendo al otro lado de ellas?”.

A partir del estribillo *Imagine all the people*, Pierpaolo y sus hijos imaginaron lo que sucedía detrás de las ventanas que abría Yoko. Ahí, en ese noble instante musical y familiar, surge el proyecto con el mismo nombre de esos versos que simbolizan una esperanza en la humanidad. En ese viaje fantástico visualizaron una diversidad de

escenas, donde las personas hacían cosas sencillas, cotidianas, pero hermosas por realizarse en armonía, en paz, como dijo Lennon al final de la segunda estrofa (*living life in peace*), solos, en pareja, familia o con amigos.

El músico de Liverpool siempre tuvo razón, no es el único soñador, Rovero lo confirma en sus creaciones como si nos cantara *it's easy if you try*. Si seguimos al pie de la letra *Imagine*, en los versos finales de la cuarta estrofa, *sharing all the world*, es precisamente lo que hace el ilustrador, nos comparte lo que realiza la gente en diferentes lugares del mundo desde el confinamiento en sus hogares: Londres bebe té, Ámsterdam pinta, Nueva York lee, Atenas practica deporte, Génova se abraza, París besa, Viena toca, Jerusalén reza, Tokio se viste, Florencia cocina, Madrid hace el amor...

Imagine all the people todavía no está concluido, la propuesta de Pierpaolo es ilustrar 24 ciudades en total, cada una en diferente hora del día. Esperamos que incluya la Ciudad de México y algunas más de Latinoamérica. Sólo ha confesado que le gustaría finalizar con Alepo, para seguir con el mensaje de Lennon, ya que esta ciudad de Siria quedó destrozada con la guerra en 2011. “Todo el mundo se siente un poco destruido en este momento. Necesitamos reconstruirnos de nuevo” (P. Rovero, 2020).

Londres bebe té Si observamos a detalle la imagen de portada en esta edición de *Ágora*, Pierpaolo Rovero no sólo ilustra la emblemática ciudad, como el edificio con la famosa torre del reloj, conocido como Big Ben, sino también destacó a personajes como los Beatles, la reina Isabel, Mr. Bean, entre otros, y allá por el cielo, a Peter Pan con Wendy.



Bruselas desayuna, ilustración de Pierpaolo Rovero.

Las vicisitudes de un maestro en el camino de la enseñanza

José Luis Larios García*

Vivir para trabajar y trabajar para bien de sus semejantes.

Ramón R. de la Vega

En el año 2009, después de egresar y titularme en enero de ese mismo año como maestro en historia en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Colima, me decidí a emprender nuevos retos en mi vida profesional. Concluí mis estudios con tesis: *La Acción Política de Ramón R. de la Vega 1837-1869*, fue un personaje destacado en la vida pública y política de Colima, gobernador del estado, empresario y socio fundador de la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano, primer presidente del Congreso local y precursor de la educación pública en la entidad.

Se afaná a que los niños y niñas pudieran acceder a una educación integral de primeras letras, por tal motivo en 1842, trajo de Morelia, Michoacán, los dos primeros preceptores que hubo en Colima: José María Cardoso, que se encargó de la escuela de niños, y Francisca Olañeta y Menéndez, de la de niñas. Por cierto, este último plantel se inauguró con gran empeño y “fue sorprendente el aprovechamiento de las alumnas, siendo de las más distinguidas la Srita. Rafaela Suárez”. También, De la Vega se ocupó en acatar el decreto del supremo gobierno expedido el 12 de julio de 1859, donde entraban en dominio de la nación todos los bienes del clero secular y regular, que habían estado administrados con diversos títulos y cualquier clase de predios. Bajo estas reformas a la ley, pidió la desocupación del Colegio Conciliar, edificio ubicado en la calle del Colegio (hoy calle Revolución).

A través de la historia, fue mi primer acercamiento al conocimiento de la educación, sin embargo, con otra perspectiva historiográfica, me llevó a comprender y analizar la evolución que ha tenido la enseñanza pública en el estado de Colima, y ahora existen cientos de maestros ocupados en el aprendizaje de los niños y jóvenes de todos los niveles educativos.

Con el tiempo me propuse emprender nuevos retos, por lo que procuré apoyar las labores catedráticas a los estudiantes del bachillerato “José Amador Velasco” del Seminario Menor de Colima, una institución con calidad humana y prestigio. Mi primer acercamiento fue a través del ex director del plantel, Salvador Aguirre Radillo, quien me otorgó la confianza para entrar a un aula de clases por primera vez, además con la moción del padre Ángel Sánchez Martínez, encargado como asesor general del Seminario Menor.

Mi experiencia laboral sólo era transcribir y trabajar entre los papeles viejos resguardados en el Archivo Histórico del Municipio de Colima, documentos que guardan la memoria histórica de la región Occidente de México, desde la época del virreinato hasta la actualidad, algunos inventariados y paleografiados por el ex director e investigador emérito del Archivo, José Miguel Romero de Solís.

Recordé el primer día de clases, donde me asignaron la materia de Historia Universal, importante en el análisis de la interpretación de los hechos del pasado, enfocándonos a los problemas geopolíticos del mundo y desventuras de las grandes guerras a través de los tiempos.

Caminé por el pasillo de la escuela, y al fondo de la misma, se ubica el salón portentoso de los estudiantes que están por egresar el bachillerato, estaba a punto

de enfrentarme a los verdugos de la verdad, los alumnos de quinto grado (o de tercero como se les nombra cotidianamente), me dieron la bienvenida y con el rostro de sorpresa, levanté la mirada hacia ellos y entre mis pensamientos oré a Dios para que todo saliera bien en clases. Sentí un compromiso por estar frente a un grupo por primera vez como titular. Después de esa experiencia, todo cambió, supe que la profesión de maestro pertenece al mundo de las grandes ligas de la sabiduría y conocimiento.

Asimismo, me asignaron la clase de Estructura Socioeconómica de México, una materia muy especial, por su interés político, social y económico, en el que los alumnos interactúan y debaten los problemas actuales de México como pobreza, corrupción, desigualdad social, relaciones intergubernamentales, entre otros.

Una generación de alumnos se tomaron en serio la asignatura, y como un día cualquiera, en el salón de clases y semana de exámenes, entré al aula para aplicar el mismo, todos se dispusieron a contestar las preguntas, pero el instinto de maestro (que se va adquiriendo con el paso de los años), miré al frente del pizarrón y observé palabras escritas en diferente idioma, no lograba entender esas letras. Pregunté a mis alumnos ¿qué significado tienen? Entre risas y murmullos contestaron –eran palabras en griego que había dejado el profesor de esa materia–, pero no me satisfizo la respuesta, y en ese momento pasó el presbítero Osiris Aguilar Castañeda, actual rector de la Catedral Basílica de Colima, y como ángel caído del cielo enviado por Dios, le pregunté el sentido de las palabras, y me describió algunos de los términos tratados en clase (descubrimos en realidad un acordeón escrito en griego de mi materia). Hoy en día me cercioro primero si existen textos apócrifos hechos por los alumnos.

Esta anécdota como otras, fueron y son parte de la vida cotidiana de un profesor en el aula de clases, a veces chuscas o poco tolerables.

El maestro está para orientar y apoyar a los alumnos, en lo académico y moral. Conocemos sus inquietudes, aspiraciones y en ocasiones sus infortunios. El maestro propicia el ejemplo a los estudiantes y debe superar todas las expectativas por el bien de los mismos. El maestro con rostro protervo, suele ser el más audaz para entender al alumno con dificultades de aprendizaje, o encauzarlos por el buen camino. El profesor debe ser el más fiel e imparcial de las inequidades que se generan a diario en el

aula de clases.

El equipo formador del Seminario Menor de Colima, comandado por el presbítero Jesús Iván Rivera; el director del plantel, presbítero Daniel Alvarado; los auxiliares de disciplina, presbíteros José Luis Saucedo y Luis Pedro Pineda, así como los profesores del plantel, pertenecemos a una familia académica dedicada a formar alumnos de bien con el fin de inculcarles la vocación espiritual y el desarrollo intelectual. Todos aportamos un poco o mucho del conocimiento que exige el nivel educativo medio superior, plasmados en los objetivos de la Secretaría de Educación Pública y del propio Seminario Diocesano de Colima.

Muchas felicidades a todos los maestros y maestras que ejercen la profesión de la enseñanza y contribuir al progreso de los estudiantes.

*Historiador del Archivo Histórico del Municipio de Colima.



Madrid hace el amor, ilustración de Pierpaolo Rovero.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Los sermones del padre Preciado

Don Manuel Sánchez Silva

(5 de agosto de 1956)

Menudo de cuerpo, de facciones reveladoras de su ascendencia indígena, cobrizo el color, negras y pobladas las cejas, hirsuto el pelo y blanca la dentadura –siempre visible en la cordial sonrisa–; pronto de movimiento, resuelto el ánimo, la palabra fácil y el ademán enérgico, así era el padre J. Inés Preciado cuando se hizo cargo de la parroquia de la Sangre de Cristo, allá por los revolucionarios tiempos de 1915, en que nadie sabía si al recogerse por la noche bajo el dominio de los carrancistas, despertarían aún en su poder o en el de los temibles guerrilleros de Francisco Villa.

Por aquella época la plazuela de la Sangre de Cristo era el centro comercial al que convergían los populosos barrios de La Campana, Las Siete Esquinas, El Gigante y Las Siete Naciones, y hasta los “malditos” del Venado y del Cuajote lo frecuentaban, ya fuera para requebrar a las muchachas que salían de la “hora santa”, preocupadas y contritas por el sermón del padre Preciado, o para saborear un plato del insustituible pozole de “La Chata”, que desde las 5 de la tarde instalaba su apetitoso comercio callejero frente a la esquina de “Don Nica”, el panzón, bien humorado y decidor carnicero que tenía su establecimiento en la esquina donde ahora se encuentra el exmercado Álvaro Obregón.

La vida intensa de ese barrio, cuya plazuela era crucero de paso forzoso para las rancherías de La Estancia, Buenavista, El Diezmo, El Cóbano, El Parián, San Joaquín, San Jerónimo y Tonila, proporcionaba gran significación a la vetusta iglesita, que destacaba su única torre de cuerpo cuadrangular y remate piramidal, enmarcándose entre dos palmeras tropicales.

Desde la primera vez que el padre Preciado subió al púlpito, la feligresía supo a qué atenerse respecto a la severidad de aquel nuevo párroco, que sabía y gustaba de llamar a las cosas por su nombre.

En cierta ocasión en que se celebraba el tradicional “novenario”, el padre riñó a sus fieles por escatimarle su ayuda económica para darle brillantez a las funciones religiosas:

“Yo no les pido ningún dinero para mí –les decía–, porque no lo necesito ni sabría que hacer con él, ya que mi ministerio es de humildad y pobreza. Con un mal catre, un poco de alimento, y dos o tres mudas de ropa, tengo lo suficiente para subsistir. Pero, ¿no sienten vergüenza de la miseria con que estamos honrando la preciosa Sangre de Cristo, que ha dado su nombre a este templo? Ya sé que no hay millonarios entre ustedes, pero con un poco de buena voluntad podría poner decoro en nuestras ceremonias. ¿Saben ustedes con cuánto me ayudó don Vidal Llerenas? Con veinte pesos. ¿Y saben ustedes cuánto me mandó ayer don Felipe Fernández? Pues veinticinco pesos. Y el ingeniero Gamiochipi, nada, porque él es liberal y los liberales no pueden ayudar a Dios, aun cuando tengan necesidad de que Dios les ayude. ¿Qué voy a hacer para pagar la pólvora y los cantores y la orquesta y las flores y todos los demás gastos? Pero eso sí, aquí están ustedes muy orondos y satisfechos, seguros de haberse comprado un campito en el cielo...”.

Y lo curioso del caso era que, efectivamente, los mencionados, que eran de los ve-

cinos más relevantes del barrio, se hallaban dentro del templo escuchando el sabroso sermón, y como resultado del cual le mandaron al padre, esa misma tarde, una elocuente vindicación económica.

En otra ocasión dirigía el padre su acostumbrado rosario, cuando una tropa de revolucionarios hizo su entrada por ese rumbo. El tropel de los caballos y los gritos de los jinetes distrajeron y atemorizaron a los fieles, lo que molestó mucho al sacerdote, al grado de interrumpir el rezo de un Ave María, para empezar uno de sus acostumbrados regaños: “-¿Qué es lo que tanto les preocupa? ¿El argüende? ¡Nada más que el argüende! Ya se les hace tarde salir a la puerta para mirar a esos mugrosos. ¿Por qué no lo hacen? Sería mejor eso, que seguir con un ojo al gato y otro al garabato, y que Dios me perdone la comparación, porque aquí no hay más gato que yo. Gato flaco y mal genioso. Cuando

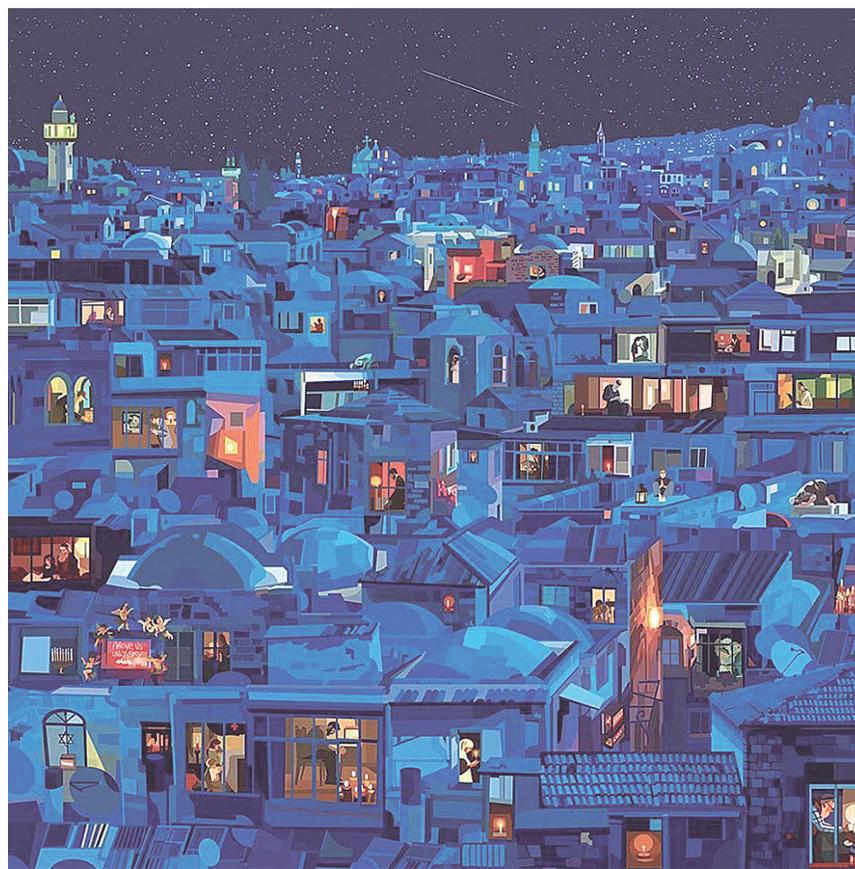
se viene a la Iglesia, es para rezar a Dios, para guardar atención y recogimiento. Y no estar como pericos repitiendo padres nuestros y aves marías, sin saber lo que dicen, porque están pendientes de los robavacas que pasan...”.

Una mañana de primavera, se celebró en la iglesita el matrimonio de dos conocidas personas del barrio. Se adornaron las paredes con guías de flores y se colgaron del techo numerosas jaulas con canarios cantadores. El padre recibió a los novios desde la puerta del templo y los introdujo hasta el altar, donde ofició la ceremonia. Después de leerles la célebre epístola de San Pablo, agregó de su cosecha: “Quisiera asegurar a ustedes una felicidad de por vida, pero me limito a deseárselas, porque no hay dicha matrimonial sin que en ella intervenga el pudor de la mujer y la prudencia en el hombre. Pero, ¿qué puede esperarse de ustedes, si tú, la novia, vienes al templo con un vestido que resultaría más propio para bañarte que para casarte; y tú, el novio, fanfarrón y fachendoso, tuviste que hacer Dios sabe cuántas trácalas para pagar el alquiler de todas esas carretelas y el costoso arrego del templo? Y todo para que la gente diga: ‘¡Qué bonita la novia! ¡Miren qué bien formada es!’ y ‘¡Qué ruboso el novio! Trajo en coche hasta al bolero de la esquina...!’. Un matrimonio es una ceremonia religiosa, un acto sagrado, no un espectáculo de pastorela...”.

Aun cuando parezca contradictorio, el genio vivo del padre Preciado y su admirable

facilidad para decir las cosas difíciles, le conquistaron generales simpatías. Sus fieles aumentaban a diario, acudiendo a los servicios religiosos interesados en escuchar sus sermones y se mostraban pródigos con sus limosnas, sabiendo que estaban destinadas a socorrer indigentes, curar enfermos y amparar niños desvalidos.

Su naturaleza exigua se resintió bien pronto por el trabajo intenso a que vivía sujeto el sacerdote, quien nunca llegó a preocuparse por atender sus enfermedades, que culminaron en una tuberculosis incurable, de la que falleció en plena juventud y en plena actividad. Los viejos supervivientes de aquella parroquia, lo recuerdan con devoción y cariño.



Jerusalén reza, ilustración de Pierpaolo Rovero.

A las nueve en punto

Cuando el patio es el mundo

Salvador Velazco



Me puse en camino hacia París por la ruta más directa, convencido de que, yendo a pie, ella sobreviviría.

Werner Herzog

El escritor estadounidense Henry David Thoreau (1817-1862), en un ensayo que ya es un clásico, *Walking* (Caminar), escribió que solía caminar por el campo todos los días para preservar en buen estado su salud y su espíritu. Para este autor, la actividad de caminar o más bien de ‘pasear’ era una excelente forma de evadirse de los temas mundanos al poder sumergirse en los misterios de la naturaleza. Caminar para Thoreau era sobre todo un ejercicio de tipo espiritual. No se trataba de marchar a paso veloz como si se compitiera en un maratón, sino, por el contrario, se trataba de avanzar lentamente, como los camellos, con la idea de poder reflexionar y estar en armonía con los espacios naturales (bosques, prados, colinas, campiñas y desiertos). Thoreau usa la palabra *sauntering* para referirse al arte de vagar ociosa y placenteramente para encontrarse consigo mismo.

Si para Thoreau *sauntering* por los espacios silvestres con su belleza y secretos milenarios proporcionaba la forma más alta de felicidad a los caminantes, para el filósofo alemán Walter Benjamin (1892-1940) las grandes ciudades van a constituirse en el escenario ideal para el *flâneur*, el caminante ocioso que deambula sin rumbo por las calles, que se pierde en las grandes plazas, las avenidas y bulevares, que transita despreocupadamente por los distintos barrios. Es la gran capital del siglo XIX, París, en donde Benjamin concibe la figura del *flâneur* al estudiar la poesía de Charles Baudelaire. En los poemas de Baudelaire, el *flâneur* camina por la metrópoli parisina para descubrir sus aspectos más sórdidos, más recónditos; para ser testigo de sus transformaciones en la transición de su entramado medieval a la ciudad moderna; para perderse en el anonimato y refugio que proporcionan sus multitudes.

La malhadada pandemia que enfrentamos nos ha confinado al espacio doméstico por semanas y semanas privándonos de caminar por las ciudades o por los campos en forma segura. Las imágenes de las grandes avenidas y plazas de las capitales del mundo vacías, extrañamente vacías, son muy perturbadoras porque, según creo, las ciudades sin gente, sin personas, no son en verdad ciudades. A la ciudad la completan sus habitantes, no los parques, no los monumentos, no los rascacielos. Obligados entonces como estamos a permanecer en confinamiento por nuestro propio bien, no podemos caminar por los bosques, por las playas, por las ciudades, pero sí podemos, ciertamente, caminar por el

patio de nuestra casa.

En mi caso, el patio de la casa no es muy grande, pero puedo rodear la vivienda, respirar aire fresco, ver las flores y recibir un poco de sol. Y simplemente trato de no pensar en la plaga que azota al mundo cuando camino y camino en círculos por las mañanas. Pero no logro conseguirlo. Me imagino así, entonces, que el patio se convierte en un largo camino y que soy un peregrino que viaja por el norte de España rumbo a la catedral de Santiago de Compostela, donde está el sepulcro del apóstol Santiago, como si fuera una manda para ver si ya termina esta aciaga pandemia. Y me siento un poco Thoreau al imaginar que transito por bosques, viñedos, colinas y valles; que visito iglesias, monasterios, villas y albergues. Y me encuentro con otros peregrinos que, como yo, caminan por alguna razón, ya sea esta religiosa, mística, recreativa, social o deportiva. Me reconforta saber que muchos de ellos también caminan para hacer de su trashumancia una ofrenda personal.

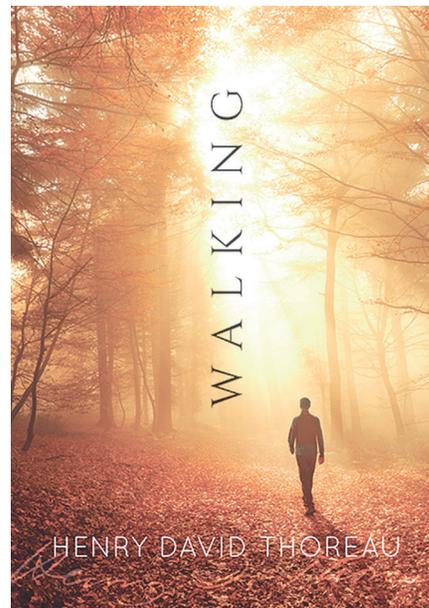
Otra mañana salgo nuevamente a circular al patio de la casa y ahora recuerdo una linda historia de Werner Herzog (Múnich, 1942), uno de los cineastas que más admiro, quien es un gran caminante. Cuando el director alemán tenía 32 años, en 1974, recibió una llamada de un amigo que vivía en París para decirle que la gran crítica de cine Lotte Eisner estaba gravemente enferma y que pronto moriría. Con la firme creencia de que Lotte seguiría con vida si él iba a pie, Herzog emprendió el camino desde Múnich a París en una épica jornada de varias semanas de peregrinación.

En efecto, Herzog salió de Múnich el 23 de noviembre para atravesar bosques, ríos, campos, montañas y pueblos resistiendo las inclemencias de la lluvia y el frío. Con las botas destrozadas llegó a París el 14 de diciembre y encontró con vida a Lotte, misma que moriría años más tarde. Herzog está convencido de que su acto de caminar –su ofrenda, su sacrificio– salvó la vida de su gran amiga. Todo esto lo cuenta en su libro *Del caminar sobre hielo*, publicado en 1978. Yo, desde luego, no soy nadie para contradecir a Werner Herzog y decir que no fue su esfuerzo personal el que hizo que Lotte Eisner viviera mucho tiempo más. Los misterios de la fe, como sabemos, son insondables.

Mañana saldré nuevamente a caminar por el patio de la casa. Trataré de no pensar en la terrible devastación que el coronavirus está infringiendo a la humanidad. Pero sé que será inútil. De todos modos, yo seguiré caminando y caminando, imaginando que paseo por ciudades y bosques porque ahora, para mí, el patio es el mundo.



Cuando el patio es el mundo. Foto de Salvador Velazco



En mi caso, el patio de la casa no es muy grande, pero puedo rodear la vivienda, respirar aire fresco, ver las flores y recibir un poco de sol.



El camino de Santiago.

Metáforas de la infección

Gerardo Cham

Con mucho entusiasmo inicio estas colaboraciones para *Ágora*. Para mí es un acontecimiento muy significativo. Además de acercarme a un territorio cultural tan entrañable como Colima, me permite compartir visiones y reflexiones sobre temas que me apasionan. Agradezco la generosidad de mi buen amigo Salvador Velazco y del coordinador Julio César Zamora. Quisiera referirme en esta primera colaboración al tema, casi ineludible, de la pandemia que ahora tiene al mundo en vilo. No es para menos. Ignacio Ramonet, en un artículo muy reciente titulado “La pandemia y el sistema-mundo” afirma que, ante la magnitud de un drama que ha orillado a millones de personas a confinarse alrededor del planeta, se han desbordado toda clase de visiones post-apocalípticas.

A estas alturas no hay manera de reducir la pandemia exclusivamente a lo sanitario. Precisamente, ante la imposibilidad de acercarnos a los padecimientos clínicos, desde una mirada estrictamente científica, tendemos a observarlos desde ventanas emocionales plagadas de miedos, prejuicios, estigmas e imágenes que bien pueden ser ilusorias. En 1978, Susan Sontag publicó *La enfermedad y sus metáforas*, a propósito del lenguaje figurado, muchas veces saturado de representaciones siniestras para dibujar el paisaje de la tuberculosis y el cáncer. A Sontag le impresionaba que, ante enfermedades consideradas misteriosas, se haya configurado todo un lenguaje cargado de fobias, prejuicios y miedos tejidos en complicadas metáforas que a veces ayudaban, pero también dificultaban su comprensión, incluso la implementación de medidas curativas.

Algo semejante ocurre con el SARS-CoV2. Nuestras obsesiones hacia algo tan invisible, pero tan potencialmente destructivo, nos han empujado a modelar visiones perturbadoras. Tal vez la erosión de miedos impulse a manipular verbalmente ese material genético, como si fuera un enemigo suelto, siempre al acecho, dotado de voluntad propia. Desde las primeras alertas internacionales y más aún, desde la instalación masiva de narrativas sobre la infección por este nuevo coronavirus, en periódicos y redes sociales, también empezaron a cobrar vida semiótica toda clase de metáforas sacadas del ámbito de la guerra. Cada día se hacen recuentos de contagiados y decesos en hospitales. El enemigo invisible provoca bajas. Asienta estados de excepción. Se cierran fronteras. Se hacen acopios excepcionales de víveres. Nos pertrechamos en nuestros propios refugios, a merced de la virtualidad como reducto básico con el mundo exterior.

Por supuesto, las connotaciones metafóricas no son las mismas en todas partes. Los confinamientos se vuelven más o menos ago-

biantes según las condiciones de precariedad a nuestro alrededor. Se habla de combatir al virus desde frentes distintos. Médicos, científicos y enfermeras son representados como ejércitos de soldados que libran los embates más riesgosos desde el frente, es decir, en hospitales también figurados como campos de batalla. Tal vez no haya médico o paciente que, a cierto nivel, no se vuelva versado en un cierto vocabulario impregnado de terminología militar. El virus invade zonas remotas del cuerpo, coloniza, se reagrupa, lanza cruentos ataques, actúa como un francotirador al acecho.

No obstante, habría que preguntarse si estamos autorizados a defendernos contra esas imágenes bélicas de cuerpos en batalla, de cualquier manera que se nos ocurra. Cómo entender las agresiones hacia enfermeras y médicos en distintas partes del país. *El Economista* reporta al día de hoy, según cifras oficiales, al menos 47 agresiones contra personal de salud en 22 estados. Cafés calientes lanzados por la espalda. Cloro arrojado sobre batas. Advertencias

anónimas de vecinos. Chofes de autobús que niegan el acceso a una unidad.

Además de líquidos corrosivos, cada agresor suele arrojar insultos verbales cargados de figuraciones irracionales: “¡Infectada! ¡Nos vas a contagiar a todos!”, le gritaron a la enfermera Ligia Kantun, al momento de arrojarle café caliente por la espalda. A Brenda Salomón, en el Estado de México le fustigaron “¡traes el Covid!”, y enseguida le escupieron. Se ha dicho que tales exabruptos estallan al calor del miedo mezclado con ignorancia y apremios delirantes por aniquilar al enemigo invisible.

Probablemente sea inevitable el traslado de metáforas militares al mundo de la salud, pues como en otros campos del conocimiento humano, se utilizan como herramientas explicativas. En el mundo médico, dolores, patologías y fenómenos

invisibles al ojo humano, pueden ser entendidos con más claridad a través de otros dominios, como el de la carpintería. Un paciente puede describir su dolor de cabeza como algo que martillea, o se puede tratar de explicar otro dolor como una sensación punzante, clavada en el estómago, etc.

Sin embargo, la exacerbación de miedos irracionales puede hacer que las metáforas verbales sean algo más que recursos cotidianos del pensamiento. Sirviéndose de ellas se pueden desatar demonios, activar figuraciones cargadas de odios extremos. También es posible, a partir de simples percepciones metafóricas lanzar estigmas hacia enfermos y en última instancia, esas mismas figuraciones pueden usarse como justificantes mentales para desatar ataques arteros contra las personas encargadas de proteger nuestra salud.



Ámsterdam pinta, ilustración de Pierpaolo Rovero.

Exquisito Cadáver

Lía Llamas, Brenda Fonseca,
Roy Pinto y Thom Alva

En algunos sueños mi imaginación brincaba a borbotones, entonces ahí divisaba cómo caían al igual que un agujero negro succionando a la creación, nunca pensé ser parte de esa estadística, insípida, casi fantasmal de la humanidad, es decir, ¿y si el virus somos nosotros?

Y este encierro me acribilla, porque no es lo mismo estar solo a voluntad, que aislado por obligación, rodeado de miedo.

Mi psique se consume cada día que paso aislado, veo pasar el desequilibrio, la desesperación y la locura, pero yo sigo agazapado, viendo cómo coquetean conmigo, mis ojos ven cómo se alejan, me conforto, cuido a los míos, cierro y abro los ojos, trueno mis dedos y vuelvo a jugar nintendo.

Con el ocaso puesto enfrente de mí, respiro, recuerdo y repito el ciclo. Me siento como nadar en el infinito con la incertidumbre de lo que no hice ayer y la nostalgia de lo que pasará mañana.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)

XII

Dramática relación

Ramón Moreno Rodríguez*



Lo primero que habría que decir de Diego Muñoz Camargo, fray Juan de Torquemada y fray Agustín de Vetancurt, es que ninguno vio el referido bautismo de los señores de Tlaxcala. El primero escribió su libro como sesenta años después, el segundo, casi cien y el tercero casi doscientos. Empecemos por el tercero, de quien debe proceder la referencia que hace la cartela de Tlaxcala de la que venimos hablando, aunque muy alterados y deliberadamente falseados los datos.

Vetancurt pasa como gato caminando sobre las ascuas el hecho, y apenas le dedica unas pocas líneas. Además de pasaportar el acto a toda velocidad, quizá avergonzado, parece disculparse por decir tal cosa y se parapeta en el argumento: no lo digo yo, sino Torquemada o Muñoz Camargo. Por ello es que nos inclinamos a creer que el funcionario del obispado que falseó los hechos históricos debió leer a Vetancurt, pero no a Torquemada ni a Muñoz Camargo, aunque los cite, que la cita es de oídas. Otro argumento de autoridad, que no de razonamiento, es que explica que así está pintado en su convento donde al presente mora fray Agustín (no dice en cuál, si en el de México o en el de Tlaxcala o en el de Puebla, que en todos estos vivió).

Por otro lado, el cronista del siglo XVII, (me sigo refiriendo a Vetancurt) no dice fecha alguna de tal acontecimiento, pero como su relación la escribe en orden cronológico e introduce la piadosa leyenda previo al ataque contra Tepeaca, nosotros podemos entender que para este franciscano del barroco el bautismo debió suceder entre la segunda quincena de julio y principios de agosto, que es cuando inicia la excursión en contra de los vecinos aliados de los mexicanos.

Así pues, nada dice del jolgorio, fiestas y celebraciones que debieron hacerse para enaltecer tal evento, mucho menos incluye una descripción de la pintura mural aludida en que se digan algunas palabras sobre la bendita pila del agua bendita, si es que ahí se la representó. Y si no dice que vio la fuente en una pintura mural, mucho menos dice haber visto él personalmente tal vaso de piedra volcánica, cuando viajó por las tierras tlaxcaltecas y moró en el convento de sus hermanos franciscanos de tal república de indios.

En cuanto a Torquemada, el asunto se complica más, aunque el franciscano de fines del siglo XVI le dedicó varias e interesantes páginas al hecho. Primero, tenemos que decir que fray Juan refiere estos acontecimientos en el libro 16 de los 21 que escribió. En éste, no se cuentan hechos históricos, sino que está organizado temáticamente. Es decir, este libro 16 lo dedica a los sacramentos de la iglesia católica e inicia el tema del bautismo de los indios, narrando el episodio de la cristianización de los señores de Tlaxcala, pero nunca da una fecha, ni en este momento, ni en ninguno otro posterior, ni tampoco alude a algún hecho histórico concreto que le permita al lector inferir una fecha de la que se concluya que Torquemada piensa o sabe que fueron evangelizados y cristianizados los cuatro caciques en un año o en el otro. Una sorpresa más que el lector se lleva (adelantándonos un poco en nuestra exposición) es que Muñoz Camargo, el que debería ser el más confiable de estos tres historiadores por haber vivido muy de cerca esos tiempos, dice que el bautismo sucedió en 1519; es decir, Vetancurt sugiere que

todo acaeció en 1520, y luego da como su fuente informativa a dos autores consultados, pero ninguno de estos dos dice (ni directa ni indirectamente) que eso haya sucedido en tal año. Por lo tanto, no podemos sino entender de este hecho que Vetancurt dice respaldarse en estos dos autores de prestigio, ¡pero un dato importantísimo de lo contado no fue dicho por los mencionados! Legítimamente tendríamos que preguntarnos, ¿de dónde sacó su información fray Agustín?; sin duda, de los dos que refiere, no. No cabe duda que el rigor historiográfico del religioso es muy cuestionable. Cosa que, por su parte, sus contemporáneos le afearon tales descuidos.

Necesitamos concluir ya este repaso; dedicaremos las líneas finales de este texto al de Muñoz Camargo. El mestizo escribió por primera vez sobre los tlaxcaltecas y su unión con los extranjeros en los años ochenta y todavía en los noventa seguía tratando del tema en sus papeles. Por lo tanto, la fijación del asunto de la cristianización de los señores de Tlaxcala en sus textos debió darse unos 50 años después de acontecido el hecho, aunque se sabe que por tradición verbal y por pinturas, nuestro cronista tenía referencias de tales consejas unos veinte o treinta años antes, es decir, desde que mudó su residencia de la ciudad de México a la de Tlaxcala, que debió ocurrir en los años cincuenta. Como quiera que fuera, aunque fue un cronista muy cercano en el tiempo de aquellos convulsos

hechos, no fue testigo presencial, pues él debió nacer hacia 1528 y tuvo conocimiento de la historia de los tlaxcaltecas cuando tenía más de veinte años de edad.

Por lo tanto, para ese tiempo en que se supo algo del tema por primera vez —repetimos, década de los cincuenta—, todos los protagonistas estaban muertos, desde Xicoténcatl el viejo hasta su hijo, Xicoténcatl el joven, pasando por Maxixcatzin o Zitlalpopócatl; desde Cortés hasta Alvarado, pasando por fray Bartolomé de Olmedo o Doña María Luisa Tecuelhuatzin, princesa tlaxcalteca y esposa de Alvarado. En 1580, don Alonso de Nava, alcalde mayor de Tlaxcala, encomendó a



Muñoz Camargo escribiese la relación geográfica que el rey Felipe II mandó pedir a todas las colonias. El escritor mestizo cumplió amplia y sobradamente la tarea, incluso, acompañó su escrito de más de un centenar de ilustraciones. Algunos especialistas de nuestros tiempos le atribuyen al propio Muñoz la autoría de tales imágenes. Sea esto verdad o no, entre estas pinturas se encuentra una que da cuenta del afamado bautismo y que probablemente reproduzca las pinturas murales que desde hacía treinta años conocía nuestro cronista. En la gráfica, los cuatro caciques están hincados recibiendo las aguas del bautismo de manos de Juan Díaz, el capellán, y entre los testigos están Cortés y la Malinche. Demás está decir que por ahí no se ve ninguna pila bautismal.

En la siguiente entrega hablaremos de la dramática relación hecha por Muñoz Camargo de como Cortés, prácticamente, obligó a los caciques a bautizarse, y su significado, que es más político que religioso.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com

El camino del amor

Carlos Fernando Hernández Bento

Te siento y aún no sé
ni qué cara ni qué nombre te esconden.
Pero ya te siento.
Y una voz en mi interior apura:
“¡Levanta corazón, arriba,
a buscar que ya es el tiempo!”.

¡Ya te busco preparado,
ya te busco puesto en pie!
¡Mujer, ya busco mujer,
que no hay nada más que hacer!

Buscaré, buscaré por el mundo.
Buscaré. ¡Como se ha de buscar!
Te hallaré, te hallaré sobre el mundo.
Te hallaré. ¡Donde quiera que estés!
Te querré, te querré más que al mundo.
Te querré. ¡Como se ha de querer!

Y, entonces, tú.
Tú, sobre el mundo. Tú.
Tú, sobre los campos. Tú.
Tú, sobre las ondas del mar y el aire. Tú.
Tú, sobre el arco de las estrellas. Tú.
Tú, y solamente tú.

Lo supe cuando te vi
alma desnuda y buena,
todo pasa en el amor
y todo en el amor queda.

Desde que perdiera la cabeza,
y el corazón hallara.
Sólo hago para verte,
sólo hago para oírte.
Porque en tus ojos llevas,
toda mi dicha y mi pena.

*Hoy te quiero más que ayer
pero menos que mañana.
Y te quiero con el cuerpo,
y te quiero con el alma.
Hoy te quiero más que nunca
pues con cada madrugada
yo te quiero en lo imposible.
mujer de mi carne y alma:
Hoy te quiero más que ayer
pero menos que mañana.*

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Miscelánea de comentarios

Carlos Caco Ceballos Silva

Invierno 1993.- El arquitecto Martín Seidel me platicó sobre la democracia, buen sentido, humildad y comprensión en Costa Rica. Todo mundo en ese país, desde luego con sus excepciones, carece de prepotencia y soberbia, empezando por los altos funcionarios gubernamentales; me comenta que en una ocasión Pepe Figueres, presidente de la República por dos períodos, fue atropellado por un veloz ciclista. El señor presidente iba a pie cruzando la calle cuando fue alcanzado por el de la bicicleta; afortunadamente el golpetazo no fue de consideración, pero sí motivó que el atropellado cayera al suelo; presto se levantó. El ciclista no huyó, sino que apenas se acercó al señor presidente pidiendo una disculpa, éste desde luego la aceptó y así fue de sencillo todo lo acontecido.

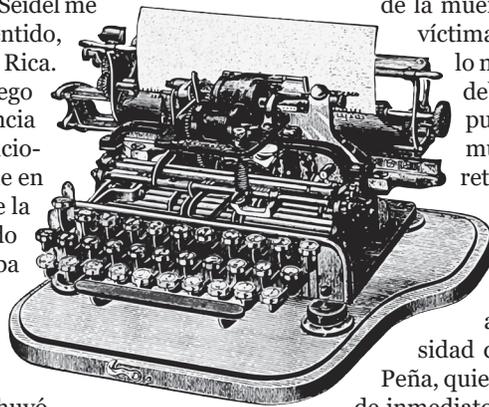
Y ahora, como colofón: ¿Si algo parecido pasara en Colima? ¡No lo creo! Pues los gobernantes del PRI son y siempre han sido de “coche”, así es que si algún día pasara algo parecido sería solamente cuando el mandatario se estuviera bajando o subiendo a una Suburban y desde luego el ciclista iría a “purgar” su grave delito al Cereso de La Estancia, además de la multa, confiscación de la bicicleta, cancelación del permiso y la buena andanada de improperios de los “cuidanderos” por descuido, atrabancado, inexperto, tonto, etcétera, etc.

Entre las nangueras, pifias y errores del 93 me dicen que éstos son más notorios: El “democrático” destape presidencial del PRI. Los grandes “éxitos” de Procampo. Los aumentos ridículos de los salarios mínimos.

La dificultad en “agarrar” a las monjitas (así las bautizó el pueblo a la moneditas de 5 y 10 centavos que nos acaba de endilgar los asesores economistas presidenciales). La satisfacción del gobierno federal en decirnos que controló la inflación y su callada vergüenza en crear la deflación. El orgullo, no disimulado de los altos jerarcas gubernamentales en que hay prosperidad y riqueza en el país (desde luego en contadas y revelantes personalidades), y la gran satisfacción del régimen en crear monopolios, entre los que están: teléfonos, petróleos, servicio eléctrico, ferrocarriles, etcétera, etc.

Me comentan mis amigos que ya se están barajando los nombres de algunos observadores extranjeros que vendrán a ver y a supervisar las que se esperan muy movidas e interesantes elecciones del próximo agosto, y entre ellos están: Un japonés, Tekito tu Voto. Un chino, Chang Chullo Yo. Un alemán, Otto Fraudén Marx. Un israelí, Abraham Umas. Un italiano, Botasioni Balina. Y un iraquí, Ayatola con el Dedo. Desde luego se esperan más observadores y de saber sus “gracias” ya les pasaré sus nombres de pila.

En plática, mi amigo Elías Lozano me comentaba que el año pasado preparó y sembró unas tierras en San José del Carmen, población jalisciense vecina de nuestro estado, y que estando en sus quehaceres agrícolas se dio cuenta



de la muerte de un niño de cinco años, víctima de la terrible rabia, y siendo lo más triste y agobiante que todo debiese a la falta de un médico, pues le platicaron que el doctor municipal que tenían, lo habían retirado desde hace cinco meses y que era hora, que todavía no habían mandado el relevo.

Elías, en su primer viaje a Colima se entrevistó con su amigo, el rector de la Universidad de Colima, Fernando Moreno Peña, quien al enterarse de lo acontecido de inmediato ordenó que un pasante de la escuela de medicina se trasladara a San José, para atender a la población mientras no hubiera llegado el médico tapatío. Este penoso y trágico suceso viene a colación sobre las reiteradas exigencias de algunos personajes jaliscienses que sólo por notoriedad o para causarnos perjuicios, han estado molestándonos con el asunto de los límites del estado, y aquí estamos viendo que nuestros vecinos no atendiendo debidamente lo que tienen, pero sí están molestándonos con sus tontas, imprudentes e injustas exigencias.

Me sigue platicando el buen amigo Elías que cuando la señora Griselda era gobernadora y él presidente municipal de Tecomán, un grupo de vecinos de un poblado de Michoacán se acercaron con la gobernadora a expresarle sus deseos de que el gobierno de Colima aceptara que su poblado y sus tierras se agregaran al estado de Colima, pues argumentaban que en Michoacán no les hacían caso, que cuando los huracanes, enfermedades o cualquier otro problema que tuvieran, en Colima se les atendía y ayudaba, mientras en su estado solamente lo atendían cobrándoles las contribuciones o multas que se les ocurrían. Estos dos casos prueban la falta de atención de los jerarcas de estos dos grandes estados que sin poder o querer prestar atenciones a las poblaciones lejanas, quieren más y más, enorgulleciéndose de sus grandes pecadotes: la gula y la avaricia.

Y para terminar les comentaré sobre la duda que tengo, sobre si será una mera coincidencia o será algo de brujería lo que pasa entre la situación económica que priva entre las clases media y baja, y la suerte de la selección de fútbol que no gana ningún partido; mi favorito, el Guadalajara, le pasa igual, y las derrotas tras derrotas del paisano, El Colimense. Así es que si esto tiene que ver con las carencias de las mayorías, las malas ventas en los comercios, el desempleo y la falta de interés de los pudientes en tener seguras sus ganancias en los bancos del Sol Naciente, en lugar de invertirlo en donde lo ganaron, sería prudente poner veladoras a la santa de nuestra devoción, para que la selección empiece a ganar, el Guadalajara deje de empatar y El Colimense se dedique a golpear al adversario.

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Embrionario

Magda Escareño

BASTIDORES:

II Beber brumas:

En donde las sombras se animan con lentitud. Cada movimiento una torsión leve que ni se percibe. Sólo en la noche se pueden beber brumas de los inviernos. La mente está atenta como antena del sueño que no se ha soñado. Laberintos húmedos que la boca absorbe. Tardíos trances trazados...

Imagen

León Mendoza

La mañana llegó de sorpresa
 con un jugo de naranja y algo de pan
 Ella sonrió con su aroma a desventuras
 pasadas, pero sin rencores
 Las historias fueron de ella a mí
 tratando de esconder los minutos
 que se fueron esa noche sin luna
 La oscuridad nos dio su imagen
 oculta tras las sábanas de toda una vida
 que se perdía en ese espacio
 donde nos encubrimos para esperar
 este amanecer que nos llena
 y la esperanza de otra sonrisa.